



Raíces de una ciudad:

SANTIAGO

SIGLO
XVI
—
SIGLO
XIX

labores agrícolas. Conviene, asimismo, advertir que esta mayor riqueza habría de repercutir de manera muy determinante en la vida social y cultural chilena y, en especial, en la santiaguina.

Aunque el mercado cerealista peruano se había recuperado en la década de 1840, la sobreproducción triguera impidió a los agricultores un cultivo más intensivo de la tierra. Sin embargo, el descubrimiento de oro en California, con la avalancha de miles de aventureros y de habitantes, abrió un nuevo mercado que Chile comenzó a servir con trigo y harina a partir de 1848. En 1855, sin embargo, California podía ya autoabastecerse y tres años más tarde la harina californiana se ofrecía en Valparaíso. Esta dramática inversión, producto en buena parte del alto costo de los fletes, fue paliada transitoriamente por la necesidad de suplir de trigo a Australia, donde también el oro de Victoria y Nueva Gales del Sur había provocado un agudo proceso migratorio. Posteriormente, hasta la década de 1880, los cereales pudieron ser colocados en los países europeos.

El impacto de la riqueza minera y de una actividad agrícola que por primera vez constituía un negocio rentable obligó a una apresurada modernización de las técnicas mercantiles y del manejo del dinero.

La economía monetaria del siglo XVIII, sencilla e imperfecta, se mantuvo sin variaciones, en lo esencial, en la primera mitad del siguiente. Sin embargo, la carencia endémica de moneda divisionaria llevó, poco a poco, a la aceptación de signos o vales emitidos por las empresas mineras o por propietarios agrícolas y, más adelante, por personas e instituciones que actuarían, entre otros rubros, en la intermediación del dinero. Estos vales servían para cancelar obligaciones y su grado de circulación estaba dado por la confianza que inspiraban quienes los emitían.

→ El incremento de las actividades económicas llevó, ya en 1849, a la creación en la capital de un fugaz Banco de Chile, de Arcos y Cía. En 1853 está funcionando el Banco de Ossa y Cía. y, tres años más tarde, el

de Bezanilla, Mac Clure y Cía. En 1859 se organizó en Santiago, como sociedad anónima, el Banco de Chile, primero de ese nombre. Sólo en 1860 se regularizó legalmente la existencia de los bancos, se dio el impulso para la creación de nuevas instituciones de esta índole y se establecieron ciertos resguardos para los billetes emitidos por ellas.

Después del bombardeo de Valparaíso, gran plaza bancaria de los primeros decenios de vida republicana, el puerto debió dejar paso a la capital como sede de las más importantes entidades bancarias nacionales y extranjeras.

No es casual que, a partir de la segunda mitad de la década de 1860 se observe la aparición de numerosos bancos santiaguinos: Escobar, Ossa y Cía. (1866); Mac Clure y Cía. (1866); Agrícola (1868); Del Pobre (1869); Mobiliario de Santiago (1869); de Matte, Mac Clure y Cía. (1871); Sudamericano (1872); de la Unión (1874); de Santiago (1884); de Chile (1894, por fusión del Banco Nacional de Chile, de Valparaíso, con los bancos Agrícola y de Valparaíso), etc. ←

LA LUCHA POR EL DESARROLLO INDUSTRIAL

En la segunda mitad del siglo pasado, variadas medidas arancelarias liberaron de derecho de internación a maquinarias y materias primas diversas, lo cual estimuló la aparición de numerosos establecimientos industriales, en general de propiedad de extranjeros. El mismo auge urbano favoreció la consolidación de fábricas de conservas, cerveza, jabones, zapatos, ropa hecha, muebles, etc. La Guerra del Pacífico, por su parte, representó otro estímulo para el sector vestuario y, con el término de las hostilidades, Bolivia se transformó en un mercado de importancia para las manufacturas chilenas. En menor grado las salitreras y la construcción de vías férreas originaron una demanda de implementos industriales fabricados en el país.